

## PRODUCCIÓN TEXTUAL: Crónica salvadoreña

**Alumno:** Fernando José Fuentes Castillo

#10

2º año B

**Docente:** Vilma Cristina Olivo

### Los ruidos de San Salvador

Después de una jornada monótona y agotadora, los ciudadanos se despiertan a horas muy diversas. Algunos con los tenues destellos del Sol, y otros con el abrasador calor que genera el asfalto maltratado y descuidado. Los vehículos abundan casi tanto como las ratas, pareciendo animales mecánicos que transportan las abundantes desdichas de todos, queriendo salir adelante con los oficios y profesiones menos apasionantes, pero igualmente dignos, que se pueden nombrar.

Pero no todo es gris en este país. Durante las mañanas las aulas se llenan de niños alegres y felices que asisten para convivir y compartir felizmente con sus semejantes. Los maestros, ahora llenos del contagioso sentimiento causado por la inagotable energía de sus alumnos, se disponen a formar a la nueva generación que llevará adelante el país, dejando, quizá, lo escrito con anterioridad completamente obsoleto.

A lo largo del día existen otros sucesos que los salvadoreños esperan con un horario riguroso, aunque nunca ha sido escrito en piedra por nadie. Desde la llegada del repartidor de periódicos por la mañana, pasando por los vendedores ambulantes con multitud de herramientas, cuya calidad cuestionan los habitantes de las colonias cercanas, hasta llegar al vendedor de pan, que pasa todas las tardes para endulzar el paladar de las personas con un alimento fundamental para la dieta de muchos.

Finalmente, cuando llega la noche, los postes de luz comienzan a encenderse, y el color rojo que teñía el cielo durante el atardecer poco a poco se va marchitando, para dar paso a la artificial luz blanca que opaca el resto del firmamento. El ambiente, aunque aún con tintes tropicales, se va volviendo más fresco, y las personas se ponen cómodas después de un largo día de trabajo. Mientras que los estudiantes se duermen tarde cumpliendo con sus deberes, los adultos a penas pueden mantenerse despiertos después de cierta hora. La vida en la ciudad es, sin duda, una que premia al traspasador, pero que también recompensa al madrugador; un dilema eterno que sólo se repite nuevamente cuando vuelve a amanecer.